



cultura.elporvenir@prodigy.net.mx

Agora

DE PAPEL

El Porvenir Cultural

MONTERREY, N.L. DOMINGO 2 MARZO DE 2025

Olga de León G./Carlos A. Ponzio de León

La alondra sin compasión

LA SINRAZÓN DEL SER

CARLOS A. PONZIO DE LEÓN

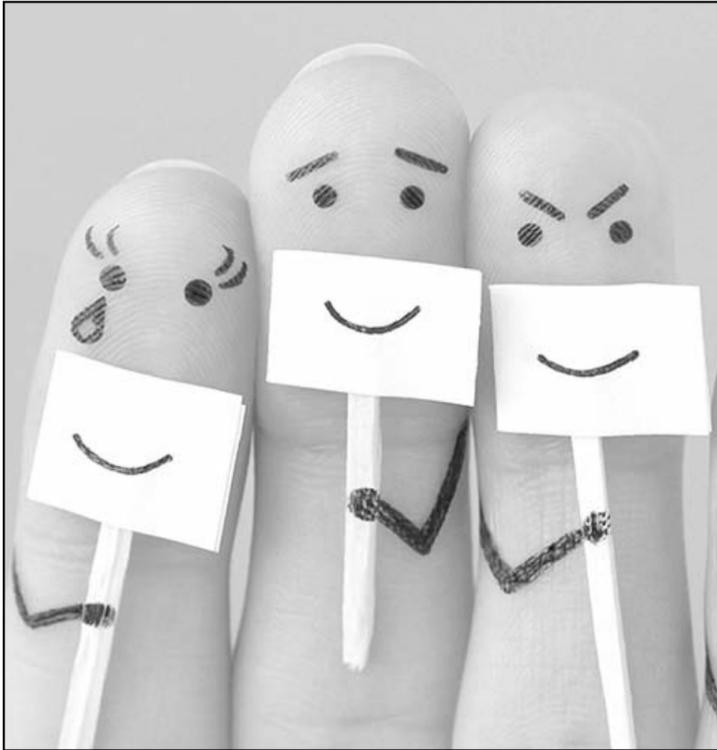
“Pueblo chico, infierno grande”, me dijo Toño. “Podría ser una trampa, como dices”, le respondí yo. Nos quedamos mirando. Luego observé el cielo naranja del atardecer, la fuente con chorros de agua de colores, los restaurantes, la gente en sus mesas al aire libre, todos metidos en sus pláticas. Había cierto desencanto de Toño por la humanidad. Y hasta cierto punto, yo lo compartía. “¿Cuántos años viven las personas en este pueblo?”, me preguntó. A sus palabras les siguió el silencio, dando tumbos bajo las mesas, acompañado por golpes sincopados de los chorros de agua en la fuente. “Si lo miras bien, hemos hecho mucho por este pueblo y nadie lo agradece”. Nos invadió otro silencio, esta vez un poco helado. “¿Setenta años?”, continuó diciendo, “son bastantes; ¿y para que nadie encuentre el tesoro enterrado en el desierto? Ninguno busca. Caen en la trampa, como moscas pegadas a la mesa, atrapadas por la misma miel que chupan”.

Di el último sorbo a mi agua mineral y ordené otra. “Yo tengo mucha paciencia”, le dije a Toño, “pero el tiempo se le está agotando a este pueblo. Se viene la temporada de lluvias y huracanes... y debo recordarte que Dios no solo castiga a líderes corruptos, sino también a pueblos enteros que eligen esos líderes; va a ser devastador”. Toño estiró los pies bajo la mesa, acomodó su cadera en el asiento y me dijo: “Hay un tema con el liderazgo”, me dijo. Me quedé callado. Volté a mirar del otro lado de la acera, y mi mirada encontró a tres jóvenes caminando con gracia, con un desplante seguro de belleza. “Nadie entiende, me parece”, le respondí.

La fuente frente a nosotros comenzó a lanzar chorros que se convertían en donas, retornando al fondo del estanque. “Hay un problema de comunicación muy grave”, continué diciendo. “No solo me refiero a ese liderazgo”, me dijo Toño, “sino que del otro lado parece que el liderazgo se está difuminando; esto se puede convertir en una historia más triste que la de Santa Ana”. “¿A qué te refieres?”, le pregunté inmediatamente. “Tú sabes, los valientes enfrentan a los fuertes; los cobardes, a los débiles”. Como en una sala de conciertos donde la orquesta muda, arreció el silencio. “Había mucho que aprenderle al viejo”, concluí.

La luna comenzó a aparecer en el cielo, escondida detrás de una nube. Brilló en cuestión de minutos. Limpia; clara como el ecuestre divino, rompiendo alas, olas de la imaginación. Seductora de la noche, símbolo del clítoris y la vanguardia de los hombres nocturnos. El enfermizo acierto de la noche. Triste verdad, desnuda, que rasga y quiebra el corazón.

“Conocí a un hombre que habla más que una mujer sola”, me dijo Toño, “y va por la vida profiriendo injurias todo el tiempo”. Me quedé pensando en los árboles del parque que teníamos en frente. Vi sus ramas caídas, como lágrimas iluminadas por el delirio. “El ego no tiene fondo”, le respondí, para luego continuar: “Debe ser un hombre muy herido”. “Quizás tengas razón”, me dijo Toño, “pero todo hombre que llega a ser un adulto debe hacerse responsable de sí mismo: Si no va a terapia a sanar sus



heridas, seguirá abriéndose cada vez que abre la boca para lastimar a alguien más. Lanza, a otros, dardos que se clava él mismo”. “El encono crece”, le dije. Toño asintió con la cabeza.

“Volviendo a nuestro tema”, me dijo él, “habrá que escuchar; es parte del juego; no se pueden mover las piezas del ajedrez si no conoces su posición en el tablero”. Estuve de acuerdo; pero no dije nada. Enderecé mi espalda.

Empezó a escucharse música en las bocinas del café en el que nos encontramos; “New York, New York”, con Frank Sinatra. “Hablando de personas heridas”, comenzó a decir Toño, “una vez, una mujer resentida con su género me dijo que la música de Frank Sinatra siempre la imaginaba tocándose en un asilo de ancianos; que era algo así como el consuelo de los fracasados; le he perdido el gusto a esa otra pieza suya: “My Way”. Te lanzó un dardo envenenado”, le dije. “Y dio en el tino”, respondió soltando una carcajada.

“La vejez no es muy agradable”, me dijo, “¿qué más daría yo que la oportunidad de rejuvenecer y volver a vivir con toda esta experiencia que tengo ahora”. “¿Eso sería fantástico!”, le dije. “¿Por qué Dios no nos habrá dado esa oportunidad?”. “No a todos”, le respondí... a la Medusa Inmortal le concedió el favor; pero creo que no piensa mucho”. Se quedó mirando fijamente a la fuente y me dijo: “Yo no necesitaría gran cosa”, me dijo, “excepto la oportunidad de aparearme”. Ambos soltamos tremendas carcajadas.

Va la inflación.

SI SE OCULTA, ES SECRETO.

OLGA DE LEÓN GONZÁLEZ

Lo que se cuenta, así sea a una sola persona más del dueño de tal o cual información, deja de ser secreto, si es que alguna vez lo fue. Si en realidad no quieres que nadie más, aparte de ti, sepa tal o cual cosa, pues no se la cuentas a

nadie. La indiscreción es de los pecados menores, quizá el más extendido y el mayor, pues su efecto es irreversible: una vez descubierto, nada puede hacerlo desaparecer.

También pienso que saber guardar algo que se nos dijo, apostándole a la confianza en nuestra discreción, es la mayor prueba de amistad que se nos otorga y que nosotros estamos obligados a respetar, si nos consideramos verdaderos amigos de quien depositó su fe en nosotros.

El hilo de margen entre la confianza y la amistad debe ser indisoluble. Nunca debe romperse ni desaparecer. Así lo creo, lo pienso y lo ejecuto en la práctica. A las mujeres se nos señala como seres indiscretos que no sabemos guardar secretos. No estoy de acuerdo con tal máxima. Pues entre los hombres los hay, tan indiscretos o más que la más ingenua de las mujeres.

Pero, indiscutiblemente, es difícil guardar silencio ante algún interrogatorio, o la menor acechanza al ego, cuando estamos en desventaja ante quien pretende que caigamos en la tentación de hablar de lo que no deberíamos. Sin embargo, si tan solo ponemos las cosas inventadas, y pensamos que otro quiere hacernos ver en desventaja y realmente mal ante la amiga que confió en nosotros, quizá sigamos en silencio y nada nos harán decir, de lo que no nos pertenece.

En fin, esta reflexión va siendo demasiado extensa en su introducción... Ya es hora de entrar en materia literaria o narrativa.

Hace no demasiados años, pero sí algunas décadas, vivían en la comarca un grupo de aldeanos pertenecientes al condado más próspero de la región, quienes no eran dueños de más que la pequeña propiedad que habitaban; pero tenían el privilegio de ser los guardianes y cuidadores del orden de todas las cosas, lo que les daba la concesión de caminar libremente por entre sus calles y casas, a

fin de confirmar que todo estaba bien. Y que no había peligro de ninguna especie. Su honestidad y confianza eran sus mayores tesoros, por eso todo mundo los respetaba y agradecía el servicio que le prestaban a la comunidad. A cambio recibían la concesión de no pagar impuestos, que aunque no pagaban mucho por ser dueños de poco, eso les permitía guardar ese dinero como ahorro, para futuras eventualidades.

Un día, aparecieron sin que nadie supiera de dónde venían ni cómo habían llegado hasta su territorio, enclavado en lo más espeso del bosque y a donde nadie llegaba por no estar anunciada su existencia en ningún mapa, un grupo de seis hombres de no muy buen ver, y peor vestir y andar, que comenzaron a merodear por las calles de las residencias más ostentosas y ricas y pasaban tanto al atardecer como ya anochecido.

Pronto fueron reportados como desconocidos no deseables y los guardianes del orden se dieron a la tarea de buscarlos e interrogarlos con el fin de saber qué hacían en el condado.

Pero hábiles y ladinos como suelen ser los mentirosos y malhechores, se habían inventado una truculenta historia, tan falsa como sus blancas intenciones de turistas. Les relataron a los guardianes del orden, que iban en busca de alguien que les había vendido varias hectáreas de tierras y diversas propiedades... Y que buscaban la dirección para reclamar sus legítimas propiedades.

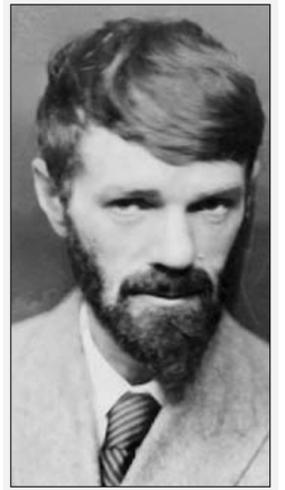
Por supuesto que los Guardianes no les creyeron, ya que sabían bien que en la Comarca, nadie vendía tierras ni residencias, pues solo las heredaban: pasaban de padres a hijos, y a nietos o, en todo caso, donaban alguna para beneficio de la misma comunidad.

Mas resulta que tales vivales, no se sabe cómo, habían descubierto ciertos secretos de algunos de los más poderosos del lugar, y pretendían chantajearlos, divulgándolos si se negaban a darles lo que pedían. Habiéndoles hecho confesar los nombres de los hombres a quienes pretendían chantajear, los Guardianes del orden hablaron con dichos vecinos y potentados, para que estuvieran de acuerdo en confesar públicamente, aquello que habían conservado en secreto. Lo cual no era realmente algo de qué avergonzarse, pues solo se trataba de su origen humilde y sin abolengo alguno.

Al principio, la mayoría de los que serían puestos al descubierto, se negaban, pero al comprender que vivir en la mentira y el engaño les traería ahora un verdadero problema, al descubrir sus secretos unos simples forasteros malhechores y malandrines vividores de los secretos de familias acaudaladas, estuvieron de acuerdo en revelar los ellos mismos.

Se hizo una reunión extraordinaria, al día siguiente, Lo especialmente curioso del caso fue que más de los que habían aceptado revelar sus secretos, tomaron el micrófono ese día y se quitaron un peso de encima al no tener que cargar con secretos (o engaños) sobre sus espaldas.

Los recién llegados, viendo lo que sucedía, optaron por irse de inmediato... Quizás en busca de otro poblado o comarca, donde hubiese secretos sin revelar.



D.H. Lawrence

D. H. Lawrence nació el 11 de septiembre de 1885 en Eastwood, Nottinghamshire.

Fue el cuarto hijo de Arthur John Lawrence, minero, y de Lydia Beardsall, maestra. La disparidad en el rango social de sus padres fue un motivo recurrente en sus obras.

En 1908 finalizó sus estudios en la Universidad de Nottingham y publicó sus primeros poemas en la revista English Review un año después.

Su primera novela, El pavo real blanco, apareció en 1911 gracias a la ayuda de su amigo Ford Madox Ford. Hijos y amantes (1913), en gran parte autobiográfica, es la más significativa de sus primeras novelas y aborda la vida en un pueblo minero.

En 1912 escapó junto a Frieda Weekley, una aristócrata alemana (prima del aviador alemán Freiherr Manfred von Richthofen) que estaba casada con su profesor y con la que contrajo matrimonio dos años después, cuando ella consiguió el divorcio.

Su intensa, tormentosa y nómada vida en común le proporcionó material para muchas de sus novelas, como El arco iris (1915) y Mujeres enamoradas (1921). El arco iris fue prohibida oficialmente por obscenidad. En este periodo también escribió dos libros de poesía, Poemas de amor y otros poemas (1913) y ¡Mira! Hemos cruzado hasta aquí (1917).

Durante la I Guerra Mundial vivió agobiado en Inglaterra a causa del origen alemán de su mujer y su propia oposición a la guerra. La tuberculosis se añadió a sus problemas, y en 1919 empezó un periodo de vagabundeo sin descanso en busca de un clima más benigno.

Gracias a los viajes que realizó, pudo captar los ambientes de varios libros: la región italiana de Abruzzi en La mujer perdida (1920), Cerdeña en El mar y Cerdeña (1921) y Australia en Canguro (1923). Durante sus estancias en México y Taos, Nuevo México (1923-1925), escribió La serpiente emplumada (1926), novela que refleja su fascinación por la civilización azteca.

A partir de 1926 residió en Italia, donde escribió y reescribió su novela más famosa, El amante de Lady Chatterley (1928), que trata de las relaciones sexuales entre una mujer y el guardabosques de su esposo, miembro de la nobleza. Lawrence escribía a ratos y muchas páginas del manuscrito se vieron manchadas por la sangre que escupía. A la hora de transcribirlo, una mecanógrafa se rehusó a seguir copiando "semejantes porquerías" y ningún editor quiso publicarlo hasta que en Italia se consiguió que un impresor lo editara. En 1932 se publicó una versión expurgada.

D. H. Lawrence falleció el 2 de marzo de 1930, en un sanatorio de Venecia, en la Provenza francesa. Por entonces, su reputación era la de un pornógrafo que había desperdiciado su talento.

ad pèdem literae

Abrid escuelas y se cerraran cárceles

Concepción Arenal

Letras de buen humor

La educación de las mujeres hasta aquí podría llamarse, sin mucha violencia: Arte de perder el tiempo

Concepción Arenal

Elmer Mendoza

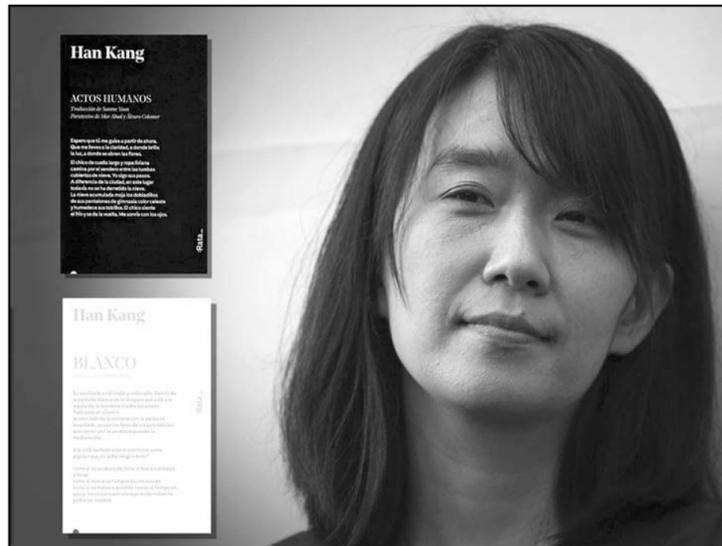
La genialidad de Han Kang

Los lectores de gustos múltiples, que les gusta perderse en historias de propuestas variadas, que no duermen o duermen demasiado, que sueñan grato o tienen pesadillas. Lectores comprometidos con el placer del lenguaje, de la forma o el tema, las amistades que siguen esta columna en EL UNIVERSAL, tengo para ustedes la novela La clase de griego, de Han Kang, Premio Nobel de Literatura 2024, traducida por Sunme Yoon y publicada por Penguin Random House en México en noviembre 2024, y en España en septiembre de 2023. “Lo que quieres es llegar a un estado de sublimación literaria a través del pensamiento”, expresa la autora y esto es más que una lección de griego.

Han Kang nació en Gwangju, Corea del Sur, en 1970. Ha merecido numerosos premios literarios hasta alcanzar el Nobel, que la trajo a mi casa y a los clubes del libro de Culiacán y Los Mochis. Su literatura llega, toca nuestras fibras más dormidas y genera diversos pensamientos. Su escritura es fina, profunda, humana. Sus paisajes oscuros solo fortalecen el perfil intenso de los personajes que se mueven con discreción a lo largo de las páginas. La manera en que construye los paralelismos en La clase de griego desafían las perversiones más

atrevidas, utilizando el recurso de la sutileza y la precisión. Cada momento que nos entrega puede ser un deseo o un sueño propio que nuestras reflexiones pueden desenterrar. Es posible que concluyan que al fin el Comité del Nobel nos ofrece algo que nos llega al corazón. Al entendimiento. Tienen un libro en sus manos que tiene vida propia. Desde luego que pueden conversar con él; preguntarle, por ejemplo, por qué las calles son tan largas, qué le pasa al hijo pequeño de la mujer muda que no la quiere ver en su escuela. ¿Por qué toma clases de griego?

Hay dos personajes principales. La mujer, que es muda, está sola, toma clases de griego y un día “soñó con una palabra que sintetizaba todas las lenguas”. El otro es el profesor de griego, que usa lentes de fondo de botella porque pronto quedará ciego y sin ellos no distingue lo que tiene enfrente. Estudió en Alemania, regresó a Corea y vive solo también. Es lector de Borges, “el mundo es una ilusión y la vida es un sueño”, y con frecuencia recuerda su pasado y a su familia. En clase, ella solo toma notas y es un misterio para el profesor y sus compañeros. También dedica muchas horas a pensar en su vida, sobre todo cuando su hijo, que ya vive con el padre, le anuncia



que se va a Estados Unidos. ¿Por qué? “La verdad destruye la estupidez”, señala Kang, y quizá venga a su mente un ser abominable retorciéndose con estas certeras palabras. Es una novela que fluye hacia adentro y nos arrastra.

La vida de los personajes mantiene un extraño paralelismo que termina por generar sorpresas, “como pesadas capas de sombras”, o la expresión “te añoré con locura deseando que tú no fueras tú”. Lo sé, es una frase descarnada, lo mismo que la fotografía de una relación difícil. El

abandono tiene solo un nombre, y usted lo sabe. La novela es breve. Como que la autora no requiere demasiadas páginas, demasiadas palabras, para desarrollar personajes viviendo una historia cuyo final no se encuentra sino hasta la última página. Desde luego, usted puede especular. Es un derecho de lector y sobre todo de lectora; solo sean prudentes, y que no se les queme el arroz ni pierdan el último autobús porque en la vida ninguna noche es corta. Pásenla bien, y ya conversaremos sobre esta novela.